

Florenia, la ciudad luminosa por excelencia, se había transformado en capital desde que los Médicis, los ricos mercaderes, habían sabido tomar el poder real, aunque desdeñando el título. En ninguna parte fué la vida del burgués y del letrado más espléndida, más alegre y al mismo tiempo más noblemente embellecida por la grandeza de las artes y la elegancia de la palabra, en prosa y en verso, en latín flexible y fluido, que volvió á ser lengua viva y casi maternal, y en griego sonoro y correcto. Los cortesanos, los oradores, los gramáticos y los poetas que gravitaban alrededor de Lorenzo el «Magnífico» tenían plena conciencia de vivir en una época gloriosa entre todas, digna de ser comparada con la que vió el esplendor de Atenas. Marsile Ficini, uno de los hombres más ilustres del grupo, exclama con felicidad: «Este es un siglo de oro: ha dado nuevamente á luz las disciplinas liberales casi extinguidas, la gramática, la poesía, la elocuencia, la pintura, la arquitectura, la música, el arte de cantar sobre la antigua lira de Orfeo, ¡y todo esto en Florenia!» Escribe á un amigo invitándole á establecerse en la noble ciudad, y le dice: «¡Sé dichoso, sé Florentino!»

Durante aquel bello siglo del Renacimiento, en aquella hermosa comarca de Italia no estaban reservadas las alegrías del estudio á la flor única del ingenio de los privilegiados, príncipes é hijos de príncipes; también se hacía partícipes de ellas al pueblo, se acomodaban á los niños, transformando las escuelas en «casas alegres», tipos de las que edifican en distintos puntos los hombres libres de la sociedad moderna. Ejemplo, la escuela que fundó Vittorino Rabaldoni, cerca de Mantua, en una pradera «regocijada con los árboles y las fuentes». En la extensa casa, adornada con frescos y flores, niños venidos de todos los países y pertenecientes á todas las clases sociales, vivían como hermanos, felices, sin temor á los golpes. Vittorino, cuyo rostro era tan simpático «que curaba los enfermos», sabía hacer la ciencia amable y el juego instructivo, de tal modo que sus discípulos trabajaban cuando danzaban, saltaban, cantaban, montaban á caballo, recorrían las montañas, y se divertían cuando recitaban fragmentos de obras de Virgilio, escribían latín ó improvisaban discursos. El educador había comprendido que las diversas partes del ser deben desarrollarse paralelamente, la inteligencia renovada por la variedad

de estudios, el cuerpo restaurado por la diversidad de los alimentos y todo defecto físico corregido: así se obtienen la fuerza y la resistencia, la belleza y la gracia. Rabaldoni, «nacido de una encina», era el modelo á que todos querían parecerse<sup>1</sup>.

Compárese con esa mansión de dicha los antros en que los alumnos, sometidos á la tortura de las rutinas, tenían que pagar todas



Cl. J. Kuhn, edit.

## CATEDRAL DE FLORENCIA

En el horizonte, á derecha, se ven las alturas de Fiesoli.  
La cúpula de la catedral fué construída por BRUNELLESCHI, Florentino, 1377-1466.

sus faltas por otro suplicio, el del azote, ¡tratamiento que tiene tantos admiradores en Inglaterra! Un escritor, panegirista de la Edad Media, trata de mostrarnos esa educación feroz bajo un aspecto poético, describiendo la «Fiesta de las Varas», que padres y maestros, conduciendo sus hijos y alumnos, celebraban en Alemania durante un hermoso día de verano. Bajo la severa mirada de las personas

<sup>1</sup> Philippe Monnier, *Le Quattrocento*, t. I, ps. 241 y siguientes.

mayores, los escolares iban al bosque á hacer provisión de las varas que habían de servir para golpear su carne: se les obligaba á escogerlas flexibles y fuertes, de abedul, y cada uno había de conducir su haz. Después de los juegos y de la comida campestre sobre la hierba, los niños entraban en la ciudad cantando la «Canción de las Varas», ofreciendo el recuerdo de los gladiadores que se inclinaban ante el César que con un signo les hacía morir<sup>1</sup>.

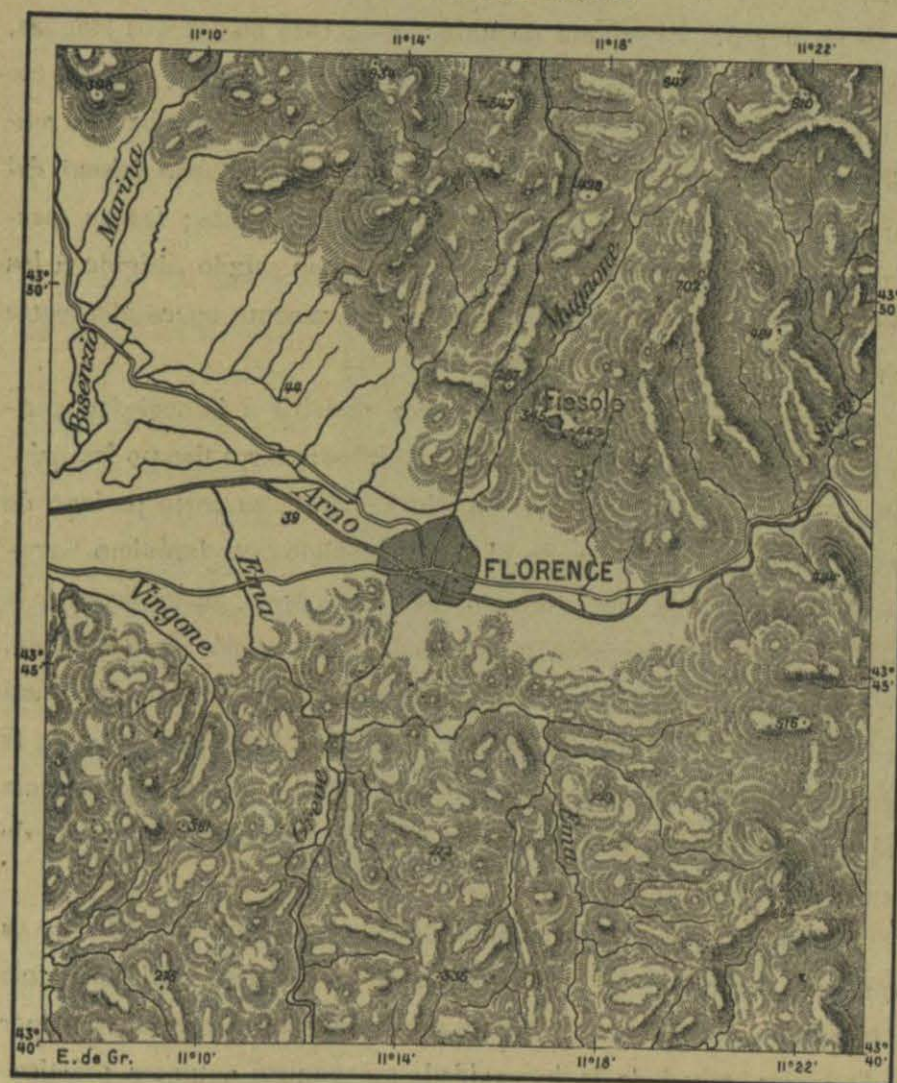
Acercándose á la verdad científica, Italia, y Europa con ella, se alejaban de la fe. Es indudable que las viejas formas tradicionales del culto no cambian, y hasta el arte, mezclándose más á la vida popular, hace que las fiestas religiosas ganen en brillo, en esplendor y en riqueza; pero la indiferencia, más aún que las herejías, separa gradualmente de la Iglesia los hombres instruidos de las cosas de la antigüedad; uno de los neo-platónicos llegados á Florencia, Gemisto Plethon, profesaba sin causar escándalo entre sus amigos que la religión futura no será «ni de Cristo ni de Mahoma, y no diferirá esencialmente del paganismo». La autoridad del soberano pontífice se había singularmente debilitado, sobre todo en esa misma Italia, de la cual era uno de los príncipes temporales. El territorio de Roma venía á ser un principado secularizado, donde ante todo predominaban intereses políticos y mundanos, apoyándose mucho más sobre la fuerza guerrera y la astucia que sobre exhortaciones religiosas. Humanistas y coleccionadores de manuscritos como otros potentados de Italia, los papas, en su mayor parte hostiles á todo celo religioso, se limitaban á consagrar las tradiciones de la curia. Cuando murió Nicolás V, el poeta Filelfo ponderó sobre todo la desesperación de Apolo y de las musas, y después, cuando Portugal y España intriguaban á cual más cerca de los chambelanes y de los notarios del papa para hacerse adjudicar la mejor mitad del globo, Alejandro VI, ocupado de su Estado, de su familia, de sus negocios privados, ignoraba los grandes intereses que hacía nacer en Europa el nuevo equilibrio del mundo. En Roma, el cardenal Jacopo Ammanati, buscando un preceptor cristiano, sólo pudo encontrar letrados. La palabra «vir-

<sup>1</sup> J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*.

tud» había llegado á ser sinónima de mérito excepcional en el uso del latín.

Y precisamente por una extraña ironía de las cosas, en la época en que la autoridad del papa cesó de ser reconocida en Occidente,

N.º 368. Florencia y sus contornos.



1: 200 000

0 1 2 3 4 5 10 Kil.

se procedió á la ceremonia de una supuesta vuelta de la Iglesia de Oriente á la sumisión del pontífice de Roma. En Ferrara se reunió un concilio que, á causa de la peste, se trasladó á Florencia, donde, haciendo gala de erudición, de dialéctica y de elocuencia,

los letrados más notables de la Iglesia griega y de la Iglesia latina proclamaron la unión dogmática entre las dos partes de la cristiandad. En la nave de Santa María Nueva se erigieron dos tronos elevados á la misma altura, el del papa de Roma, Eugenio IV, y el del emperador de Oriente, Juan Paleólogo; rodeáronles los grandes dignatarios, oficiaron los sacerdotes de los dos cleros, la multitud aplaudió y se prosternó. El tratado de unión, redactado en las dos lenguas, fué leído y jurado solemnemente, y, convertido en letra muerta, fué á reposar en los archivos. Esas bellas fiestas de reconciliación religiosa, celebradas en 1439 en la ciudad que era el foco mismo del humanismo, no tuvieron en realidad nada de religioso; fueron esencialmente paganas y como el alegre y amoroso saludo dirigido á los grandes genios de la antigüedad griega nuevamente aparecidos entre los hombres.

La relajación de la piedad católica permitía á la sociedad pensante volver á la naturaleza é interrumpir por cierto tiempo las prácticas de ascetismo; éstas tuvieron, sin embargo, su corto período de reaparición victoriosa cuando al final del siglo XV, Jerónimo Savonarola, rodeado de sus «lloradores» ó *piagnoni*, dictó leyes á la misma señoría de Florencia, y, volviendo á la tradición de San Pablo, hizo quemar cuadros, instrumentos de música y obras de literatura profana, entre otras los *Cuentos* de Bocaccio. Pero esa crisis de fe aguda y de penitencia duró apenas cuatro años, y á su vez Savonarola fué quemado por orden del papa Alejandro VI por el crimen de demasiado ardor en su fervor hacia Dios.

Es cierto que el movimiento del Renacimiento, tomado en su conjunto, determinó la emancipación de la sociedad civil uniéndola á la cultura antigua sobre y á través de las edades cristianas, y por él la mujer, mitad de la humanidad, reconquistó entonces prácticamente una débil parte de la vida social que le había negado la Iglesia, y pudo salir del círculo de la familia y de la sombra de las bóvedas y conventos; hasta gran número de ellas llegaron á ser célebres por su ciencia, su ingenio y su energía; en muchas familias nobles, las hijas participaban plenamente de la educación de sus hermanos.

La maldición que la Iglesia cristiana había pronunciado contra el cuerpo, considerado como el asiento de toda pasión vil, cesó de

pesar sobre los hombres: «Los mil años de ignorancia y suciedad» en que Michelet resume la Edad Media, tuvieron, en fin, su término. Fué aquella una gran revolución, la más importante que haya determinado el Renacimiento, porque representa el decaimiento del dogma terrible del pecado original que había podrido la humanidad cristiana, enseñándole á despreciar su cuerpo ó á ver en él el receptáculo de todos los vicios. El castigo de la primera culpa entrañaba forzosamente el horror á la «carne» contrastando con el alma inmortal, y, en la práctica de la vida, ese desprecio del cuerpo no fué otra cosa que la suciedad: los parásitos, las úlceras y las llagas estuvieron en honor preponderante; se tuvo á gloria elevar hacia Dios manos purulentas, atraer su mirada sobre miembros atrofiados ó chorreando pus. En los campos franceses, sometidos durante mil cuatrocientos años á la disciplina eclesiástica, fué hasta una época reciente un deber para los fieles no «lavar el agua del bautismo»: por una depravación extraña, el mismo símbolo de la purificación acabó por servir de pretexto á la impureza. Todavía en nuestros días los Mongoles cesan de lavar sus vestidos durante todo un año<sup>1</sup> cuando una desgracia



Pinacoteca de Munich.

Cl. J. Kuhn, edit.

DURERO PINTADO POR SÍ MISMO

<sup>1</sup> W. W. Rockhill, *Diary of a Journey through Mongolia and Tibet*, p. 154.

pública, la pérdida de una cosecha, por ejemplo, atestigua la cólera celeste; su mentalidad no ha cambiado apenas desde la visita de Rubruk, quien aseguraba que un lavado bastaría para que cayera el rayo. Y, volviendo á las tierras cristianas que la dominación de los frailes ha hecho parecerse tanto á las de la Mongolia, ¿no se ha visto á la Iglesia en España prohibir el uso del agua pura? En 1467, el cardenal Espinosa puso término al escándalo de los baños que tomaban todavía los descendientes de los Arabes que quedaban en el reino «católico» por excelencia<sup>1</sup>, en ese país donde la suciedad de una princesa fué erigida en heroísmo.

Como consecuencia, la rehabilitación de la carne, como decían los Sansimonianos en la época romántica del socialismo, era la condición esencial de la emancipación del arte. Verdad es que el pueblo de la hermosa Italia había guardado siempre el sentido de la belleza, ó por mejor decir, había reflejado siempre el encanto y la gracia de la naturaleza circundante. Los paisajes tan amables de Toscana, de Lucca y de la Umbría, con la línea pura de sus colinas, sus bosquecillos, sus ríos, sus rosadas aldeas; la rica variedad de sus cultivos; el contraste del verde claro y de los cipreses ennegrecidos; los bosques susurrantes de los altos Apeninos, y más allá las llanuras de inagotable fecundidad; las estribaciones floridas de los Alpes, ese maravilloso conjunto de colores cambiantes de primavera á verano y de invierno á una nueva primavera, todo eso se encuentra en el carácter del pueblo, risueño, ágil, ingenioso, amante y deliciosamente artista. «Joaquín de Flora amaba la naturaleza y sabía mirarla; un día que predicaba en rogativa para la lluvia, las nubes se entreabrieron repentinamente y un alegre rayo de luz iluminó la iglesia; detiénese el predicador, saluda al sol, entona el *Veni Creator* y sale con el rebaño de los fieles para contemplar la risueña campiña»<sup>2</sup>. Alberti, humanista de primer orden, cuya dulzura magnética encantaba los animales silvestres, lloraba á lágrima viva á la vista de un árbol hermoso ó de ricas mieses; toda belleza era una revelación.

No hay campesinos en el mundo que tengan cantos populares más conmovedores y de verdadero sentimiento, más armoniosos, más

<sup>1</sup> A. S. Martin, *Spain, its Greatness and Decay*, p. 153.

<sup>2</sup> Arvède Barine, *L'Italie Mystique*.

elegantes y rítmicos en la forma que los *rispetti* y los *stornelli* de los aldeanos toscanos; en parte alguna tampoco combinan más graciosamente las casitas su decorado con el de los árboles y los campos; el albañil rural no piensa, como en muchos otros países, en imponer á la vista su construcción; sabe unirla al medio, añadiendo un rasgo más á la gracia del paisaje. Y él mismo, consciente de su belleza,



MURCIA — RUINAS DE BAÑOS ÁRABES

Cl. Kuhn, edit.

sabe conservarla y hacer honor á la mujer que ha escogido: corona de flores á sus hijos, adorna sus bueyes con guirnaldas, levanta en sus campos espantajos que son objetos de arte, y, para recreo de la vista, «coloca un tomate sobre un saco de trigo»<sup>1</sup>.

A este amor de la Naturaleza se une un hecho preciso que le da una fecha en las conquistas humanas. Los escaladores de montañas, trepando por la alegría de subir, de ver ensancharse los horizontes ante sí, surgen las ciudades detrás de las colinas y la línea clara del

<sup>1</sup> Philippe Monnier, *obra citada*, t. II, p. 223.

mar después de la de las llanuras, pueden reivindicar la gran memoria de Petrarca subiendo al monte Ventoux <sup>1</sup>.

Así de edad en edad, á pesar de la opresión de la Iglesia y de los señores, á pesar de los incendios y las guerras, el pueblo italiano había conservado el tesoro del sentido artístico, pero el arte no pudo desarrollarse sino con la libertad de esculpir y de pintar las verdaderas formas humanas, despojadas de todo el aparato hierático impuesto antiguamente por la costumbre religiosa. Era necesario desprenderse del símbolo, ver nuevamente al hombre tal cual es en su belleza, no mancillada por el pecado original, y hasta comprender las escenas tenidas por sagradas y divinas á través de las personas, de los actos y de las actitudes de la vida diaria: los ojos del artista adquirían nuevamente el derecho de ver la Naturaleza y los hombres tales como son, y las cadenas caían de sus manos. Habían transcurrido dos mil años desde que los artistas griegos comprendieron la belleza del hombre y la representaron en todo su esplendor; á la sazón, llegando por otras vías, los artistas italianos se elevaban también á la visión de lo bello, si no muy diferente de la de los Helenos, no menos perfecta en su orden de nuevos sentimientos. Así como los escultores jónicos, abandonándose alegremente á la vida, representaban la juventud del arte, los artistas italianos, desprendidos de los lazos de la Edad Media, conservaban en su mayor parte, hasta en su cándida alegría, un rasgo de melancolía, una suave morbidez, que recordaba las tristezas pasadas. Habían conquistado, por los sufrimientos anteriores, la profundidad del sentimiento, y por el estudio del hombre y de la Naturaleza volvían á encontrar la completa belleza de la forma. Hasta el más humildemente cristiano de aquel tiempo, fra Angélico, que no osaba comer carne en la mesa del papa sin autorización de su prior y pintaba todos sus personajes concienzudamente vestidos desde el cuello hasta los pies, no perdía jamás de vista en sus obras la belleza del cuerpo humano y se inspiraba en los progresos realizados en la técnica por sus contemporáneos.

¡Cuán grande debió ser la alegría de los artistas emancipados,

<sup>1</sup> Günther, *Wissenschaftliche Bergbesteigung*.

casi todos menestrales, á quienes se conocía solamente por sus nombres sin el apellido, ó por sus apodos, y alguno por el nombre de su población natal; cuán dichoso debió ser su impulso hacia la belleza cuando se sintieron libres de representarla como la veían en todo el brillo de la juventud y de la fuerza! Fué aquella una época de alborozo de que participaba el pueblo ínfimo, encantado de ver



Museo del Louvre.

EL CONCIERTO CAMPESTRE

Cl. J. Kuhn, edit.

por GIORGIONE, Veneciano, 1477-1511.

las obras maravillosas de los suyos. Al mismo tiempo, los pintores, audaces por sus progresos, se lanzaban por la vía de los descubrimientos: se instruían en la ciencia de la anatomía, aprendían las leyes de la perspectiva y hallaban nuevos procedimientos para la preparación de los colores y el tecnicismo de la pintura. Fué una edad de oro en el mundo de los artistas italianos, y por extensión en los países de la Europa occidental, donde circunstancias análogas habían iniciado á los ciudadanos en la comprensión de la belleza.

Las ciudades flamencas y las poblaciones industriales de la Alemania central, que habían pasado por la educación primera de la vida comunal y en las cuales la emancipación del pensamiento había dado libertad á la iniciativa individual, por la práctica y la apreciación del arte se convirtieron en otras tantas pequeñas Italías, pero cada una con su originalidad propia.

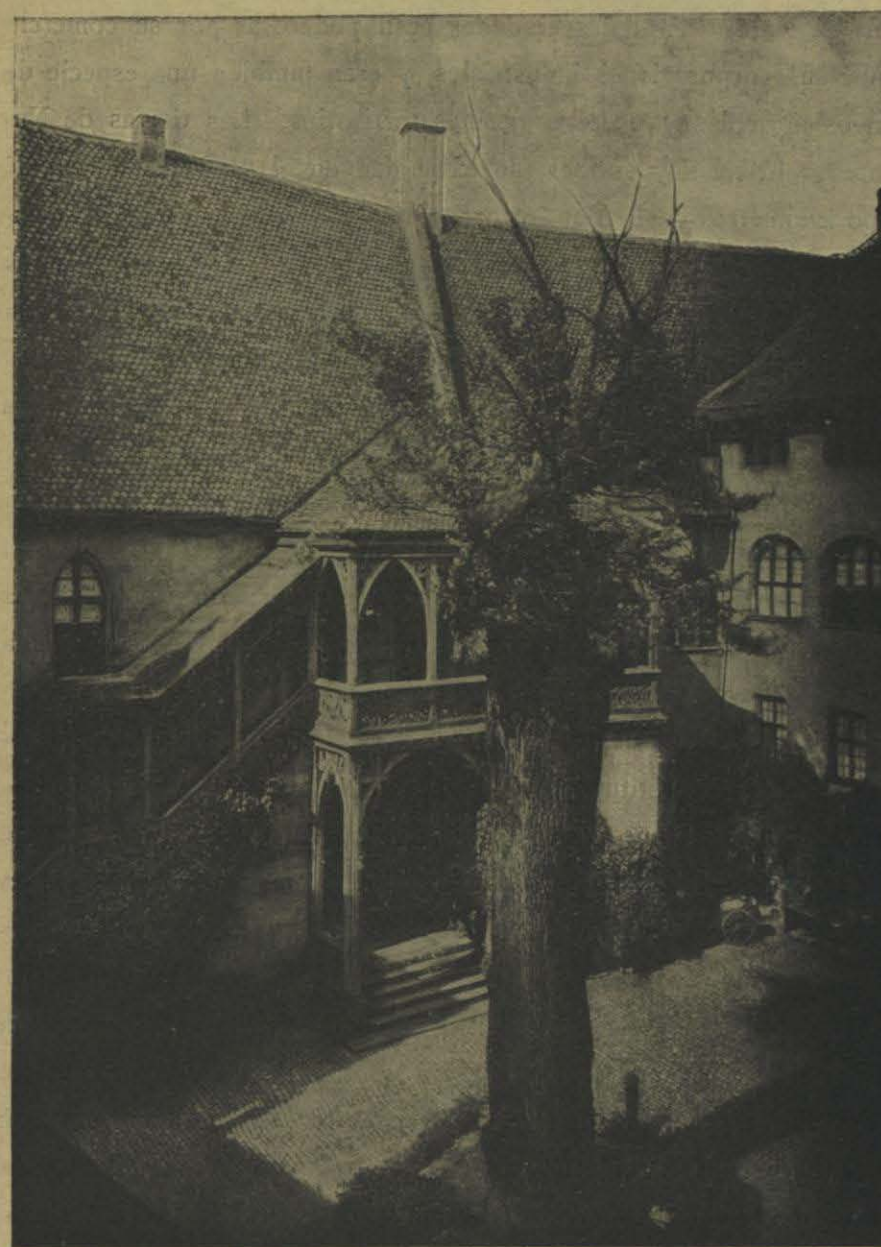
¡Qué maravilloso centro de poesía, de ciencia y de arte fué la ciudad de Nürnberg (Nuremberg), no menos curiosa que Florencia! Según un autor de la época <sup>1</sup>, «la abundancia y la riqueza eran aportadas allí por siete pueblos diferentes, Húngaros, Esclavones, Turcos, Arabes, Franceses, Ingleses y Holandeses». Es decir, toda Europa y el Oriente mediterráneo traficaban con la gran ciudad industrial. Durante todo el tiempo que Venecia y Génova sostuvieron relaciones con la India y el interior del Asia por sus vías respectivas, Nuremberg y Augsburgo conservaron una importancia de primer orden en el reparto de los preciosos productos en el centro de Europa, y esas ciudades, la primera sobre todo, supieron dedicar una parte considerable de sus beneficios á la glorificación del trabajo y al esplendor del arte. Admirable mundo de artistas, verdaderamente hombres, el del glorioso Renacimiento germánico, hermano del Renacimiento italiano. Inspirados exclusivamente por la idea del bien, sin buscar en ello un honor, muchos de aquellos artistas han quedado anónimos: su obra era perfecta, pero quedaron voluntariamente desconocidos. Arquitectos, escultores, joyeros, pintores, cristaleros y miniaturistas vivían como obreros, como hermanos de corporación, comiendo y platicando juntos. Un Adam Krafft se llamaba «cortador de piedras», un Peter Vischer era «calderero» <sup>2</sup> y se representa en traje de trabajador en la tumba de San Sebald. En aquella hermosa época de renovación el arte está en todas partes: el hombre, consciente de la belleza de su cuerpo, procuraba aumentarla por un traje de corte elegante y colores variados: los muebles y las casas se construían con amor; hasta las calles estaban pintadas, exponiendo á los forasteros los anales y las crónicas de la ciudad. «Respecto del arte, nos vemos obligados á considerar la época del siglo XV,

<sup>1</sup> Rosenplut.

<sup>2</sup> Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*.

tan brillante en Alemania, como un paraíso perdido». (Schmoller).

La preeminencia de ese gran momento en la historia procedía del equilibrio respectivo de las grandes ciudades que, desprendiéndose



UNA CASA EN NUREMBERG

Cl. J. Kuhn, edit.

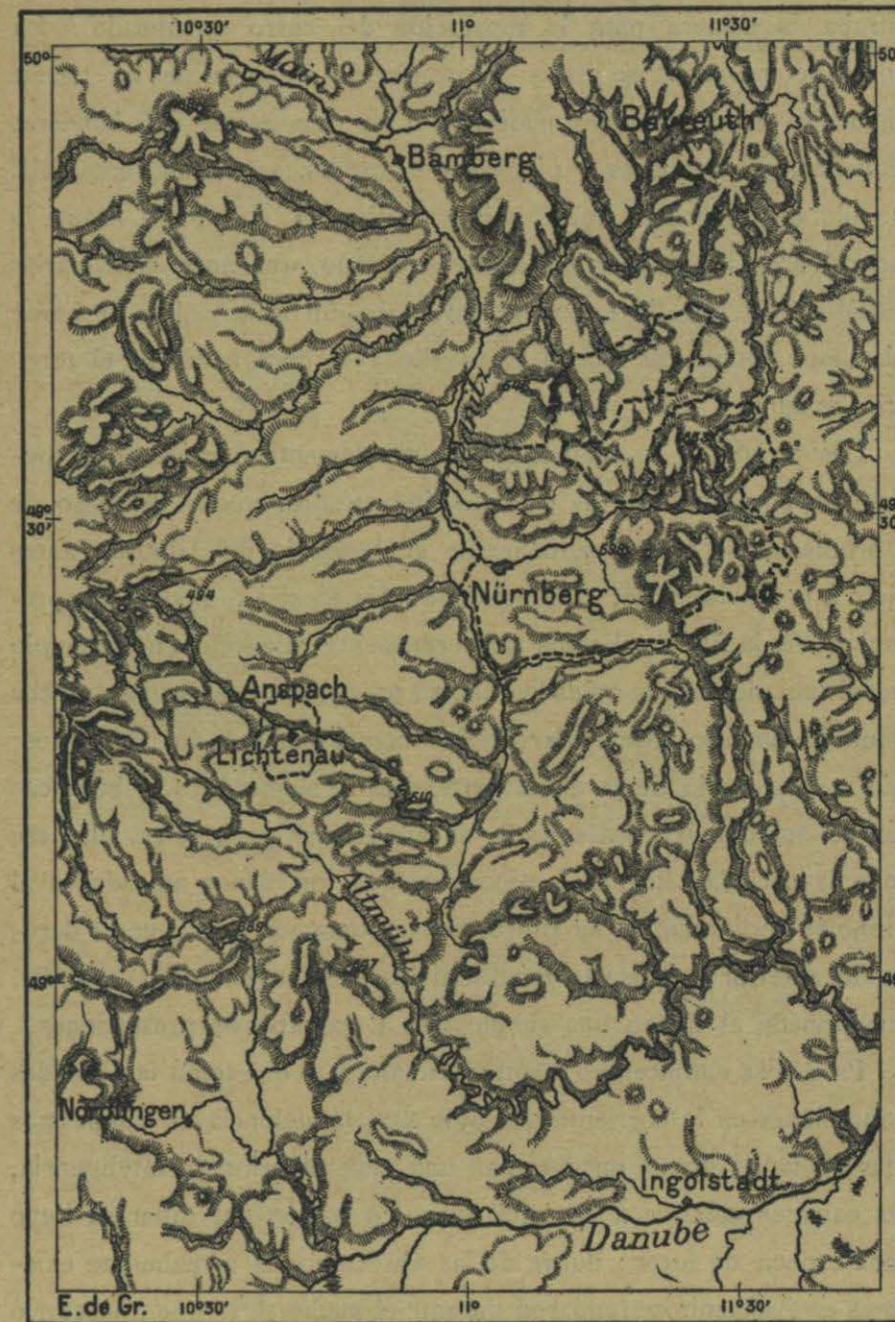
dose de la dominación de los curas y de la autoridad absoluta del emperador, quedaban, no obstante, obligadas á apoyarse unas sobre otras para mantenerse en libertad y constituían en realidad una especie de federación de las más complejas, puesto que sus condiciones

variaban de un modo extraño de comunidad á comunidad. A consecuencia de ese apoyo mutuo, se había establecido la paz, una paz siempre temblorosa é insegura, como la aguja imantada, que, oscilando incesantemente, no deja de hallarse en constante gravitación hacia el Norte. Aquellas ciudades eran poderosas por su comercio y por sus corporaciones industriales, y eran también una especie de centros agrícolas y poseían grandes territorios. Las tierras de Nuremberg, urbanas y rurales, se extendían en el espacio enorme de 1,100 kilómetros cuadrados, catorce veces el territorio de París: comprendía, no sólo vastos recintos comunales, sino también tierras de labor, cultivadas en provecho de los ciudadanos, consistiendo en su mayor parte en feudos comprados á familias nobles empobrecidas. Esas posesiones urbanas eran casi todas explotadas por arrendatarios libres, aunque no se hallase excluido el trabajo de los colonos adscriptos á la gleba, ¡de tal modo se entremezclaban los diversos regímenes sociales en aquella sociedad tan complicada de la Edad Media! En aquella época Maximiliano, en vida de su padre, proponía la reunión de un Congreso en Francfort para el establecimiento de la paz perpetua <sup>1</sup>.

Los progresos, en aquel período relativamente dichoso, se facilitaban por la constitución de la propiedad, mucho menos injustamente distribuída que lo había sido precedentemente y que lo fué después de la Reforma. Todas las poblaciones poseían sus bienes comunales, consistentes en bosques, praderas y dehesas, y todos los vecinos tenían en ellos un derecho igual, hasta en los territorios compuestos de bienes señoriales: el colono adscripto á la gleba tenía su parte de tierra como el campesino libre, siempre que perteneciese realmente al país, que tuviese en él su «propio hogar, su pan y su alimento propio». Ninguna parcela de ese terreno de todos podía ser vendida, y los señores territoriales no tenían el derecho, sin el permiso de los comunitarios, de cortar árboles del bosque ni de mandar transportarlos fuera de los límites de la villa. Sin embargo, el desgraciado, el extranjero tenía derechos sobre las tierras de todos. Las mujeres parturientas, fuesen ó no del territorio municipal, en

<sup>1</sup> J. Janssen, *L'Allemagne à la Fin du Moyen âge*, p. 500.

N.º 369. Nuremberg y su territorio.



1: 1 000 000

0 10 25 50 Kil.

muchas villas percibían su provisión de leña. El transeunte, á lo menos una vez podía echar su red en el río ó en el lago común; el jinete ó el carretero que atravesaban el país durante la siega, podían tomar una gavilla ó más. El viajero cuyos animales estuviesen can-